

Academia de Buenas  Letras de Granada

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON MANUEL VILLAR RASO

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

# CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. DON ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 1 DE DICIEMBRE DE 2003

GRANADA

MMIII

*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
*Imprime:* La Gráfica S.C.And. - Granada  
*Depósito Legal:* Gr-1.692/2003  
*I.S.B.N.:* 84-933014-6-9

# DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON MANUEL VILLAR RASO

# La literatura española en África

Excmo. Sr. Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y señores:

**L**A literatura española se ha interesado por Marruecos y el norte de África: José Cadalso en *Cartas marruecas*, *Diario de un testigo de la Guerra de África* de Pedro A. de Alarcón, *El blocao* de Díaz Fernández, *Imán* de Sender, *La ruta* de Arturo Barea, *Makbara* de Juan Goytisolo, *Mimoum* de Rafael Chirbes, o los más recientes de Vázquez-Figueroa con su *Tuareg*, *Una guerra africana* de Martínez de Pisón, *La luz de Tánger* de Víctor Alperi y, muy recientemente, *El nombre de los nuestros* de Lorenzo Silva; en hermosos libros de viajes como *El país de los sentidos* de Rafael Guillén, *El sueño de África* y *Vagabundo en África* de Javier Reyerte; pero a pesar de todo sorprende el poco espacio que el África profunda tiene en nuestra novela.

El África que yo conocía de niño, representada en los mapas por manchas negras y blancas, tenía como biblia la obra de Conrad, *El corazón de las tinieblas*, y se componía de una serie de países y gentes, ajenas al progreso y banalizadas por el cine. Alberto Moravia confiesa en *Mi vida en conversación con Alain Elkann* que “África es lo más bello que existe en el mundo” y no sé por qué Stanley y Livingston lo llamaron el continente oscuro. Savater en *La aventura africana* dice que en África el tiempo no existe. La aventura no tiene que ver con el tiempo sino con la eternidad o, mejor, con la suspensión del tiempo porque, una vez que uno se embarca hacia África, el tiempo no puede ser medido tempo-

ralmente. Lo llama el tiempo apasionado. La emoción individualiza los momentos y no hay tiempo que matar, no hay ocio, no hay manera de medirlo, y cada día puede ser equivalente a meses y años. Ésta es la sal de la aventura y su riqueza. En la aventura africana hay magia, hay maravilla, y ello la distingue de la experiencia anodina de nuestras vidas convencionales. ¿Y por qué África y no otros continentes? Son muchas las razones: Los viajes a países occidentales son indudablemente viajes, pero no son aventuras. El cuerpo no sufre, no está puesto a prueba como en África, donde la aventura no sólo es cultural sino física. La falta de estructuras, de carreteras, ferrocarriles y alojamiento, forman parte del misterio de África y hacen que el viajar por ella se convierta en la mejor experiencia. África, además, nos pone en contacto con culturas diferentes a través de acontecimientos más o menos desagradables, pero en cualquier caso inéditos para nuestro espíritu. Pasolini, que en el fondo era rousseauiano, solía decir que África es la última esperanza. Sentía por ella la misma atracción que los audaces exploradores del XIX: Mungo Park buscando las fuentes del Nilo; Barth o René Caillié intentando llegar a Tombuctú con fiebre amarilla.

Y si África en otro tiempo arrojó a generaciones de europeos en busca de diamantes y de oro, desde los cartagineses y portugueses a los moriscos alpujarreños, engrosados en el ejército de Al-Mansur tras su derrota en las Alpujarras, me pregunto qué ha llevado en el nuestro a tentar a artistas, no pequeños, como Rimbaud, Flaubert, T. H. Lawrence, el de *Lawrence de Arabia*, a Paul Bowles, el de *El cielo protector*, a Miquel Barceló, nuestro pintor, a arriesgarse en sus inmensas soledades, y no se me ocurren otras razones que el sueño

de la aventura, pero no de una aventura enfebrecida por la ambición, sino por el mito de una inocencia perdida en nuestra cultura burguesa y todavía posible en África.

Ignoro si África en el futuro dará novelas tan auténticas como *Viaje al Congo* de André Gide o *Las nieves del Kilimanjaro* de Ernest Hemingway. Parece que la aventura auténtica está condenada a desaparecer, pero los que la amamos, las conciencias humanitarias y los soñadores, jamás podremos olvidar ni la hambruna que en ella se ceba con especial malicia, la suerte de la mujer, tan patética, los baobabs y desiertos que cortan el aliento, o los ríos de una tierra, madre de misterios, que ha sido la sed de grandes aventureros y que todavía llena de magia nuestra imaginación.

Los aeropuertos africanos suelen ser una pesadilla. Ningún país africano es recomendable para turistas convencionales, porque en África casi nada funciona y los viajes normalmente salen lo contrario de lo previsto. Primero son las compañías aéreas africanas, que rara vez cumplen su horario, y luego los problemas burocráticos y las incomodidades, que no dejan de ser innumerables. Las dificultades, sin embargo, no significan que el resultado del viaje sea peor, sino diferente para todo buen viajero ávido de lo imprevisto, de lo exótico y de la maravilla, porque el perfume de aventura es el mejor regalo y el viajero pronto encuentra, si no es exigente, que el resultado es encantador.

Hay viajes que cambian literalmente nuestras vidas. La mía lo hizo de forma inesperada al descubrir la historia inédita de varios miles de españoles moriscos que, en 1690, atra-

vesaron el Sáhara y conquistaron el antiguo imperio Sudán, hoy el Malí, una geografía inmensa, con uno de los ríos más grandes del continente, resto del antiguo impero de Ghana. Oí la historia en Marrakech y, tras descubrir en las bibliotecas de Granada que la hazaña de aquellos españoles, contemporáneos de Cortés y Pizarro, no existía en nuestra historia, inmediatamente cogí el avión. No sabía todavía si era invención o un mito disfrazado de historia y la tentación de investigarlo pudo con la prudencia. Al descender del avión en el pequeño aeropuerto de Bamako, la primera novedad fue el desierto y la tórrida sabana africana, con un calor sofocante y una luz hiriente que nubla los ojos. Era invierno en Granada y en unas horas había pasado del frío polar a un calor sofocante, en el que sobraba la ropa. A mi alrededor, gritos enloquecidos de docenas de porteadores y taxistas que pugnaban por hacerse con mi mochila y, una vez fuera, una tormenta de polvo que enrojecía el aire de laterita cegando el horizonte.

Todo había, pues, empezado en la plaza de la Jema el-Fnaa de Marrakech, donde me llamó la atención uno de los guitarristas, tal vez ciego, que ocultaba los ojos tras unas gafas negras. Agrupaba una masa compacta a su alrededor y recitaba la historia de uno de sus héroes nacionales, de nombre Yuder o Yawdar, conquistador del Sudán o tierra de los negros, hoy el Malí. Más tarde, en las ruinas de Sijilmasa, al sur del Atlas, un profesor de la Universidad de Fez me aclaró que el tal Yuder era español. Había cruzado el Sáhara en 1591 con cuatro mil españoles, la mayoría del reino de Granada, y había vencido en Tondibi, cerca de Gao, a un ejército diez veces superior, asentando su capital en Tombuctú, donde comprobé la existencia de sus descendientes, llamados



Arma. A mi regreso a Granada, investigué en la biblioteca de Estudios Árabes y el nombre de Yuder existía, aunque apenas unas referencias escuetas en *Los moriscos en el reino de Granada* de Julio Caro Baroja y en un artículo de García Gómez en la *Revista de Occidente*, 1935, titulado “Españoles en el Sudán”, un ensayo más completo de Costa Morata en la revista *Historia*, 1977, y otro del profesor Iniesta en *Historia 16*, 1981. Descubriría un hermoso artículo de Ortega y Gasset sobre este hecho insólito, titulado “Las ideas de León Frobenius”, publicado en *El sol* en 1924, pero eso sucedería después de haber publicado *Las Españas perdidas*.

No era demasiado y tampoco la *Historia del África negra* de Ki-Zerbo era más explícita. Al año siguiente y encontrándome en los Estados Unidos, volví a investigar en la biblioteca de la Universidad de Penn y los textos comenzaron a amontonarse sobre mi mesa. Por la gesta de Yuder no sólo se habían interesado franceses y árabes, como De Castries y Delafosse, existían documentos de espías ingleses que le relataban a Isabel I las inmensas fortunas que por su medio llegaban a Marrakech, instándole a aliarse con Al-Mansur en contra de Felipe II, por ser aquel monarca uno de los reyes más ricos de la tierra. Finalmente descubrí el texto árabe citado por todos ellos: el *Tarik el-Sudán*, una crónica escrita por un sabio jurisconsulto de Tombuctú, llamado Es-Saidi, “nacido en la noche del 28 de marzo de 1596”, cinco años después de la llegada a esa ciudad de los conquistadores españoles. Es-Saidi relata la historia del imperio songhai, con especial relevancia a la conquista de los españoles y a la persona de Yuder, “natural de Cuevas del Almanzora, de pequeña talla y ojos azules”, del que ensalza su inteligencia y dotes extraor-

dinarias, así como “la bondad y suerte con que fue favorecido en todo tipo de empresas, hasta el punto de que no conoció proyecto alguno sin que lo realizara al grado de su deseo, concediéndole Dios mucho más de lo que esperaba”.

También encontré otros textos importantes, entre ellos el relato de un Anónimo Español, tal vez monje, jesuita o cura embajador de Felipe II en la corte de Al-Mansur (publicado por el arzobispo de Sevilla en 1596 y por Jiménez de la Espada en el XVIII), quien en veinte bellísimas páginas cuenta la conquista en un castellano excelente aunque tortuoso. Dejé al punto lo que estaba haciendo y me puse a novelar la historia de este Conquistador desconocido y varón gigante de nuestra historia, que llegó a conseguir para sí y para los españoles desterrados del XVI, nada menos que un imperio en África.

Cuando Yuder Pachá vino al mundo, posiblemente en 1562, año en el que comienzan las partidas de bautismo en Cuevas del Almanzora, Felipe II reinaba en España hacía seis años, después de la abdicación de su padre, el emperador Carlos. La España de los Austrias era entonces la primera potencia política y militar y sus ejércitos, los famosos tercios, resultaban invencibles en los campos de batalla de Europa. La expansión colonial de la corona era impresionante y se había producido en menos de medio siglo, desde que Colón alcanzara América en 1492. En 1496, Melilla había caído en poder de las tropas españolas. En 1509 fueron conquistadas Orán y Trípoli. En 1513, Vasco Núñez de Balboa llegó a las costas del Pacífico. En 1519, Hernán Cortés ocupó Méjico. En 1522, Juan Sebastián Elcano completó la primera vuelta al mundo. En 1536, Pizarro sometió el imperio inca del Perú.

Y en fin, cuando en 1580 la corona de España y Portugal se fundieron en una, al morir don Sebastián de Portugal en la batalla de Alcazalquivir, Felipe II añadió a su reinado las posesiones portuguesas, tanto las de América como las costas africanas del Atlántico, del Índico y de Asia. No se ponía, pues, el sol en los dominios del rey hispano y aquello sin duda incendió la imaginación del victorioso Al-Mansur, ávido de aventuras y de añadir nuevos territorios a su corona. Aliado con Inglaterra (tanto él como Isabel I ambicionaban apoderarse del imperio de Felipe II), necesitaban oro y el oro estaba en Tombuctú. Como jefe de todos los creyentes tenía un buen pretexto para anexionarse el imperio del Sudán y tomó al vuelo la oportunidad que se le ofrecía, a pesar de ser una misión arriesgada el cruzar el gran desierto del Sáhara, donde habían desaparecido varios ejércitos cartagineses y romanos, en busca del mismo objetivo: el oro que llenaba las arcas de los reinos europeos desde la Alta Edad Media.

Se ignora el nombre cristiano de Yuder y cómo fue a parar a la corte de Al-Mansur después de la sublevación de las Alpujarras y de la expulsión de los moriscos. Tampoco *Las fuentes inéditas de la historia de Marruecos* son muy explícitas. Por el Anónimo Español sabemos que acabaría siendo caído de los andaluces en el ejército saadí, dedicado a recaudar impuestos. Pero, ¿cuáles fueron las razones que llevaron a Al-Mansur a la conquista del imperio songhai al otro lado del gran desierto? Instigado por su favorita, una sudanesa llamada Radina, Al-Mansur adujo motivos religiosos, culturales y políticos para convencer a los ulemas. La razón última, no obstante, era ese oro, maravillosamente descrito por el mapa del catalán Abraham Cresques en el que Kanka Moussa,

emperador del Sudán en el siglo XIV, aparece con una enorme pepita de oro en la mano. En lontananza, la anexión de España, desmoralizada tras la derrota de la Armada Invenible, y la instauración de un gobierno islámico universal.

La travesía del desierto con un verdadero ejército, compuesto por cuatro mil españoles y mil quinientos lanceros moros, debió ser terrible. De este modo comienza el Anónimo Español el relato de la espantosa caminata por una de las regiones más inhóspitas del planeta. Es el territorio del diablo, los olores de la arena y del calor, que durante el día puede superar los cuarenta grados y sesenta bajo la arena, la fuerza del viento y del sol, “¿a cuántos no se habrán llevado los ogros de ese desierto?”, dice Al-Mansur en carta al pueblo de Fez. Yuder demostró pronto su valía haciendo lo más arriesgado, que fue cruzar el Sáhara por el centro e ir directamente contra Gao, la capital de los Askias. Era un joven de vivos ojos azules y la emoción de la aventura, al igual que a Cortés y a Pizarro, lo llena de energía. En su pecho resuenan tambores de gloria que prometen hazañas soñadas y, con la promesa de tierras riquísimas y de oro, obliga a sus cuatro mil moriscos a seguirlo por un desierto desprovisto de vegetación, para negarles, una vez conquistado el Sudán, el saqueo prometido. Su gran sueño es fundar una nueva Andalucía a orillas del Níger para todos los exilados como él y le niega finalmente a Al-Mansur el oro soñado por el jerife.

Hice un primer viaje en solitario a Tombuctú para verificar la historia y, una vez publicada *Las Españas perdidas* (Comares, 1983), la Universidad de Granada, bastante incrédula de que aquella gesta de los españoles fuera cierta, orga-

nizó una expedición a través del Sáhara y en Tombuctú volvimos a encontrar los Arma, sus descendientes, que yo ya conocía. Pero en aquel viaje descubrí algo mucho más interesante. Me encontré con un África que agonizaba a las orillas del Níger después de dos décadas de sequía y con una situación social que reducía a la mujer a mero objeto de trabajo. Y éste sería el origen de mi segunda novela africana: *Donde ríen las arenas* (Algaida, 1994). Previamente leí todo lo que cayó en mis manos y sólo la novelística africana incidía en la suerte tan escandalosa para la mujer de este continente.

En *Things Fall Apart*, Chinua Achebe dice que a la mujer ni siquiera se le permiten las ceremonias consideradas propias de la mujer. Léopold Sedar Senghor, poeta y político, es autor de uno de los poemas más impresionantes sobre la condición femenina, titulado: “Mujer desnuda, mujer negra”. Para Soyinka en *Season of Anatomy*, el papel femenino se reduce a colaborar con la visión del hombre sobre la vida, simbolizando en la mujer la degradación de África. La protagonista de Ngûgî, en *Petals of Blood*, decide que nunca más será una mera flor para decorar puertas y ventanas.

Y no es muy distinta la visión que las escritoras tienen de sí mismas. A la protagonista de *Efuru*, de Flora Nwapa, se la educa para ser madre. Se le hace la clitoridectomía y se le dice que su función es la reproducción y el erotismo, que la ablación del clítoris es necesaria para dar a luz con seguridad y que el dolor de la operación es lo que toda mujer debe soportar. En *One is Enough*, en cambio, Amaka enseña que la sexualidad femenina es el recurso que la mujer debe explotar para conseguir lo que quiere en una sociedad dominada

por hombres. “Como mujer, no soy libre, soy una sombra de mí misma..., incapaz de avanzar en el cuerpo y en el alma”, descubriendo que el sitio ideal de la mujer es la ciudad, donde puede realizarse y escapar de la tiranía patriarcal. La desesperación de la mujer africana es tal que Buchi Emecheta, en *Destination Biafra*, vislumbra un futuro sin hombres y, en *The Joys of Motherhood*, descubre que es incompatible ser libre y tener hijos. La senegalesa Mariama Bâ, finalmente, en *Une si longue lettre*, confiesa que la palabra felicidad no existe para la mujer y que es preferible ser co-esposa. Esto al menos aliviaría su trabajo.

Gregorio Morales, en su *Antología de la literatura erótica* (p. 1144), dice de *Donde ríen las arenas* que en ella “confluyen las civilizaciones europea y africana”, destacando poderosamente el personaje de Assiata, “nacida en una tribu del Malf”. Casada y todavía una niña, huye a Bamako porque al marcharse su marido a trabajar al Camerún quieren coserle el sexo con púas de acacia, práctica ancestral en uso entre los dogón, y allí con la ayuda de un doctor español “inicia su liberación como mujer”. De esta novela se ha escrito que no deja de sorprender el hecho de que nuestra cultura no busque renovarse y repita hasta la saciedad argumentos y personajes; de ahí su frescura que nos descubre un África insólita y marginada por la literatura occidental. Muchos críticos se han interesado por ella. Antonio Enrique (Diario de Córdoba, “Cuadernos del Sur”, 26 de enero de 1995) dice que su “autor puede sentirse satisfecho del retrato de Assiata, rescatada en las calles de Bamako, adonde ha venido huyendo de la violencia y opresión ancestrales. Assiata es un personaje inmenso, en consonancia con la mejor novela africana escrita por

los hombres y mujeres de ese continente, y acaso único en la narrativa española sobre África. Assiata es un deshecho social, símbolo de este África profunda, a quien la sociedad patriarcal asesina por intentar sublevar el mundo marginado de la mujer, una de esas grandes personalidades anónimas que hacen progresar la historia de la humanidad, gracias a la confluencia mágica de nobleza y solidaridad, que la lleva a luchar en cuerpo y alma contra la degradación de la mujer”. En “Amemos a Assiata” (Egin, “Igandegin”, 30 de abril de 1995), Jorge G. Aranguren añade que “Assiata lleva África sobre sus espaldas e intenta a costa de su vida una regeneración que desborda su propio yo para alcanzar a todas las mujeres”.

País sorprendente y hermoso. El Malí guarda tesoros de los que pocos países pueden alardear. Es un monumento de la naturaleza, tal vez el mejor monumento que la naturaleza se ha hecho a sí misma. Lo escribió Moravia y lo piensa cualquier viajero cuando duerme en el desierto y descubre que todas las constelaciones han decidido asomarse para echarle un vistazo a nuestra tierra. De vez en cuando, el agua del río Níger se estira por los campos en forma de lagos, dejando largas tiras deshilachadas e inmóviles que brillan en la lejanía como espejos. Las pinazas avanzan a buena velocidad entre láminas grises, color acero, perfectamente inmóviles y perfectamente fijas en el paisaje. Parece un río casi inocente que se pudiese caminar y, sin embargo, no toda el agua es la misma. En las orillas, árboles brotando de la misma superficie y bajo el agua, más allá pequeñas manchas de color: arbustos, acacias solitarias, y rocas circunvaladas de arena; al fondo llanuras ilimitadas de piedra negra calcinada y, en ocasiones oleaje de dunas en la distancia. Por todas partes are-

nales para soñar otras vidas y una civilización ancestral, compuesta por una decena de etnias: hausa, peul, sonray, bozo, dogón, tuareg, que viven en armonía. Ésta es la razón por la que ir a este país se convierte en un viaje cultural y en un viaje físico por el corazón de la sabana. Al bajar la calor, las mujeres salen de las chozas y preparan la cena al aire libre junto a sus cabañas o a la orilla del río. El espectáculo es único y conmovedor. El Níger no cuenta con una lujuriosa vegetación como el Congo, pero posee grandeza, a pesar de que el Malí, como el resto de los países africanos, se balancea entre la miseria y una corrupción, que en África nunca son incompatibles. El clima en la ciudad es digno del dios más cruel, los olores son profundos, vengan de planicies lejanísimas o de sus purulentos mercados, y se fijan en el olfato y luego en la memoria de una manera imborrable.

De todos los países subsaharianos recorridos en las sucesivas expediciones con la Universidad de Granada, Mauritania, Níger, Burkina Faso o el Sudán, el Malí es el que más ha encendido mi imaginación y en ello tienen que ver sus gentes y sus paisajes, sus ciudades ya burguesas en la Edad Media, como Tombuctú, Yenné y Gao, y la música de Salif Keita, Ali Farka Touré, Rokia Traoré y cientos más, que testimonian una cultura ancestral maravillosa a orillas de uno de los ríos más caudalosos del continente, que recorre el país de oeste a este en mil quinientos kilómetros.

Y fue viajando en una pinaza de Mopti a Gao, en compañía del pintor Jesús Conde y del resto de mis compañeros, en dirección al país Dogón, cuando se me ocurrió el tema de mi novela africana más ambiciosa, tal vez, *El color de los sue-*



*ños* (Planeta, 1999). Se veían chapotear a los hipopótamos. Se decía que había cocodrilos en el río, cosa improbable desde que las grandes sequías asolaran el país, disecando sus marismas, antes prolíficas en estos temibles saurios, como la que rodea a la hermosa Djenné, la Roma del Malí. No obstante uno creía verlos deslizarse con lentitud en sus aguas tranquilas, los ojos surgiendo a la superficie como periscopios. Volaban águilas y martines pescadores, charranes como si estuviéramos en la mar, garzas reales y milanos negros en el cielo más claro del mundo. De vez en cuando nos cruzaba el Tombuctou, un barco de quilla plana, construido en la época colonial francesa y que todavía hace el mismo recorrido de mayo a diciembre, cuando el río resulta navegable. Lo hace sin detenerse día y noche y en tres días cubre el mismo recorrido que nosotros en diez. Iba atestado de pasajeros y mercancías, cabras, burros y vacas tendidas sobre un lecho de paja, algunas con las patas atadas. Jesús Conde no cesaba de pintar. La gente nos saludaba. La gente en el Malí saluda siempre. A menudo navegábamos por el centro del río, a trescientos metros de la orilla, y otras buscando las orillas para evitar su oleaje y sus meandros. Cruzamos promontorios boscosos con casas de adobe abandonadas junto a la orilla y que se volverán a poblar en cuanto descienda el cauce, cosa que sucederá en enero. De vez en cuando el río perdía las orillas y formaba grandes lagos. En el de Debo, también nosotros perdimos el cauce central entre extensas zonas de cañaverales, donde podría haber cocodrilos y había con seguridad hipopótamos. Jesús Conde no cesaba de pintar. Diez días después visitamos el país Dogón, donde Miquel Barceló tiene su casa y ver a Jesús Conde pintar y luego visitar la casa de Barceló fue toda una revelación.

Según Antonio Enrique (Diario de Córdoba, “Cuadernos del Sur”, 10 de junio de 1999), *El color de los sueños* es “una obra redonda en la que África late con todo su poder de devastación y misterio: sus descripciones paisajísticas rayan a tal nivel que el lector no las va a encontrar mejores en nuestra lengua de entre toda la narrativa sobre el gran continente”. El protagonista de la novela, al igual que Gauguin, se marcha al tercer mundo en busca de la pintura del siglo XXI, abandonando a su país y a su hija. A los diez años, le envía a la niña, ya no tan niña, el cuaderno de dibujos que él hizo en su huida de España y ella emprende desde Granada la búsqueda del padre. Tres son los personajes principales de la novela. El primero es el continente africano que queda dibujado, descrito e inolvidable, según José Vicente Pascual (*Ideal*, 7 de junio de 1999) y Jesús Arias (*El País. Andalucía*, 8 de agosto de 1999). Marina Romero, la hija, es el siguiente personaje, en un viaje de madurez tras las huellas del padre en compañía de tres amigas.

Pero es Miguel Romero, un genio de la pintura, el verdadero protagonista. Recrea África en toda su grandeza y misterio. Pinta su color: el rojo flamboyant, el amarillo karité, los marrones ácidos del desierto, siempre en busca de la pintura del futuro. Pinta y ama todos los días porque quiere ser eterno y porque la vida para él es un reflejo del arte y el arte reflejo de la vida. Pinta todo lo que encuentra: las gentes, los mitos y las fábulas de cada lugar, las mujeres en la *ginna* o casa donde se retiran durante la menstruación para no contaminar el poblado, así como los entierros y las máscaras, algunas tan terribles como la del Hogón, un buitres a la espera como Saturno que le lleven a los muertos a las rocas de la

“falaise” para devorarlos. Es en definitiva una novela para pintores, para amantes de la aventura y un canto al único continente virgen que le queda a nuestra imaginación. Con la estructura de *El corazón de las tinieblas* de Conrad, es una novela moderna y circular, un viaje que comienza y acaba con la misma carta de Marina a su padre, una búsqueda desesperada de sentido. A propósito de esta novela, Francisco Morales Lomas (*Narrativa española contemporánea*, Diputación de Málaga, 2002) dice que Miguel Romero es “un personaje contradictorio, angelical y diabólico, una de las más atractivas creaciones de la narrativa actual”.

Con *La mujer de Burkina*, de resultas de un nuevo viaje a Burkina Faso, he finalizado de momento una tetralogía sobre un África para mí desconocida no ha mucho, pero que se ha convertido en el territorio más atractivo de mi imaginación. Esta novela es la crónica de quienes de algún modo han decidido trabajar con la muerte, que en este país animista resulta abrumadora, un doctor, una mujer blanca que lucha por hacerse con su amor, unas enfermeras que se lo disputan, hospitales infrahumanos y un país exótico en el que las enfermedades se ceban con especial malicia y donde la poligamia es norma corriente. Personajes heroicos, perdedores y marginados, porque lo que diferencia la experiencia africana de la occidental es la vulnerabilidad extrema del ser humano y su fragilidad, la violencia natural del entorno y del hombre, con seres sin voz y sin quijotes que despierten su conciencia y el sentido mismo de la existencia.

África es un continente todavía virgen y tan alejado de nuestra cultura burguesa que viajar por él es volver a los orí-

genes y hacer que el tiempo deje de existir y que sólo existas tú, como dice Henry Miller. La vida se prolonga. Se llena de rostros y paisajes, de voces y de horizontes que ignorabas y uno mismo se convierte en un ser extraño que tiene que redescubrirse. Viajar, no obstante, es más que un misterio. No estás a gusto en tu patria y por eso viajas; pero cuando estás fuera la echas de menos y necesitas volver a pensarla. Te vas de ella y deseas volver, regresas y quieres escapar de nuevo. Es una contradicción irresoluble y muchos me han preguntado, especialmente tras mi último viaje al Sudán, por qué me gusta un continente tan duro y mi respuesta, quizá, es porque los escritores guardamos en el corazón un niño aventurero o porque nuestros personajes, triunfantes o derrotados, no son otra cosa que ese hombre que ellos hubieran querido ser o que han lamentado haber sido. Detrás de cada novela, ciertamente, hay una aventura, real o imaginaria, al fin y al cabo un escritor no es otra cosa que un perseguidor de sueños, un tipo que quisiera detener el tiempo a caballo de una tremenda aventura. Conrad la tuvo en el Congo y yo la he tenido en el Malí con *El color de los sueños*. Al igual que mi protagonista Miguel Romero sigo pensando que viajar es pasear un sueño, lo dice también el escritor Manuel Leguineche, para quien la naturaleza alegre del hombre está en el viaje y coincido con él no porque piense que voy a encontrar algo mejor más allá, lejos del sitio en el que vives, sino por huir del tedio de los días repetidos y, siendo osado, por huir del miedo, de esta carrera alocada hacia la vejez y la muerte en la que todos andamos inmersos.

MANUEL VILLAR RASO  
(Ólvega, Soria, 1936)

Miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada.  
Profesor de estudios americanos, Universidad de Granada.  
Visiting Professor en las universidades de Temple, Hayward  
y New Orleans.

## SELECCIÓN DE OBRAS PUBLICADAS

### Novela

*Mar ligeramente sur* (Barcelona, Destino, 1976). Finalista  
Premio Nadal 1975.

*Hacia el corazón de mi país* (Barcelona, Destino, 1976).

*Una república sin republicanos* (Madrid, Albia, 1977).

*La Pastora: el maqui hermafrodita* (Madrid, Albia, 1978).

Nueva edición: *La bella hermafrodita* (Maracena,  
Granada, Arial, 2003).

*Comandos vascos* (Barcelona, Noguer, 1980).

*El laberinto de los impíos* (Barcelona, Noguer, 1981).

*Últimos paraísos* (Barcelona, Planeta, 1986).

*El último conquistador* (Barcelona, Noguer-Caralt, 1992).

Serie de cuatro novelas africanas:

*Las Españas perdidas* (Granada, Anel, 1984).

Nueva edición: Granada, Comares, 1999.

*Donde ríen las arenas* (Sevilla, Algaida, 1994).

*El color de los sueños* (Barcelona, Planeta, 1999).

*La mujer de Burkina* (Oviedo, Asturias, KRK, 2001). Premio  
Casino de Mieres 2001.

*La casa del corazón* (Soria, Centro Soriano de Estudios Tradicionales, 2001).

Nueva edición: Ogíjares, Granada, Dauro, 2003.

*Encuentros en Marbella* (Salobreña, Granada, Alhulia, 2001).

*La larga noche de Ángela* (Salobreña, Granada, Alhulia, 2003).

### **Traducción**

*Hojas de hierba: antología bilingüe. Walt Whitman* (Madrid, Alianza, 1995).

*Crónica de plata (poemas escogidos). Emily Dickinson* (Madrid, Hiperión, 2001).

### **Ensayos**

“A Spanish Novelist’s Perspective on Chicano/a Literature”  
[*Modern Fiction Studies* (Baltimore), vol. 25, nº 1, Fall 2001, pp. 17-34].

### **Guiones para documentales**

Colaboración en varias series sobre África: Mauritania (5), Mali (9), Burkina Faso (5), Níger (3), Sudán (1).

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. DON ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS

Excmo. Señor Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores.

**D**ESPUÉS del discurso vibrante, valiente y crítico que acabamos de oír, quizás la contestación más adecuada consista en mantener unos minutos de silencio que nunca querrían significar una respuesta en el vacío sino la actitud más elocuente para subrayar sus ejemplares argumentos. Ha sido un discurso que demuestra hasta qué punto se honra esta Academia al recibir a Manuel Villar Raso en su seno.

Conozco al ilustre académico desde hace cerca de treinta años, desde que se incorporó al claustro de profesores de nuestra universidad, a la que ha enriquecido con su dedicada labor docente, sobre todo en el campo de los estudios norteamericanos, y con una valiosa escritura narrativa largamente ejercida; en ella siempre he admirado su permanente ejercicio de libertad, su pulso mantenido de corredor de fondo y su pasión contagiosa por la búsqueda de nuevos temas, nuevos horizontes y nuevos compromisos que den respuesta clara a los problemas de nuestro tiempo y a las crueldades contemporáneas.

En mi discurso de ingreso, pronunciado en esta Academia en la sesión pública anterior, planteé que desde la autoconsciencia del carácter no unitario sino plural del ser humano, se ha ido instalando en el horizonte intelectual y crítico de nuestro tiempo una escritura claramente disidente con respecto a



la ideología dominante en las sociedades liberales, una disidencia que ha ido construyendo un auténtico contradiscurso fragmentario de disolución, desconstrucción y deformación de los pilares ideológicos y estéticos en los que se asienta la sociedad liberal-burguesa. Y decía, entre otras cosas, que ese contradiscurso ha consistido en distintas maneras de representar la ausencia de un único centro explicativo en el proceso histórico y en los textos; y citaba, como ejemplo de escritura disidente, la drástica revisión que, desde hace unos lustros, se está proponiendo de las imágenes de otros pueblos ofrecidas durante siglos por el colonialismo eurocéntrico; una visión colonial que creó unas imágenes de los pueblos conquistados que no eran sino el producto distorsionado e interesado de una mirada que nunca contemplaba al Otro sino que se miraba a sí misma.

Ya Rousseau denunció que a través de los múltiples relatos de diversos países del mundo, debidos a numerosos viajeros europeos, no se llegaba a conocer a otros hombres que a los propios europeos. Es lo que fabula Italo Calvino en aquella escena en que el Gran Khan, después de haber oído las descripciones que le hacía Marco Polo del sinfín de ciudades que había conocido hasta encontrarse con él, le pregunta por qué no le cuenta nada de su tierra, a lo que responde el viajero que de qué creía que le estaba hablando sino de su Venecia. Son ejemplos que recuerda uno de los maestros de la semiótica española, Jorge Urrutia, en un libro que viene aquí muy al caso, *Lectura de lo oscuro. Una semiótica de África* (2000), donde desvela luminosamente las bases a partir de las cuales ese inmenso continente sigue siendo “el reino de la incomprensión y de la crueldad. O, mejor, de la

crueledad de la incomprensión. El África que Europa ofreció a la modernidad era una construcción cultural creada para el mayor engrandecimiento y la autosatisfacción de las naciones coloniales. Es el África de nuestra infancia. De todas las infancias occidentales”.

Pues bien en esa tradición de disidencia, a la que he aludido, y muy referida precisamente a África, se sitúan buena parte de los trabajos de Manuel Villar de los que nos ha ofrecido hoy una nueva muestra, fruto de sus experiencias personales, que han tenido una repercusión valiosa y ejemplar en su propia dedicación a la literatura y en sus miles de lectores, en los que ha ido provocando una nueva mirada sobre un mundo realmente ignorado en su terrible existencia. A este propósito, se me figura que existe un cierto paralelismo entre su trayectoria y actitud y la de Washington Irving, que vino a Granada a seguir las huellas colombinas y a conocer los monumentos árabes, y acabó depositando también su mirada y su interés en la vida contemporánea y en los que llamó “los hijos de la Alhambra”, los seres reales que la habitaban y que tanta importancia iban a tener en sus *Cuentos*.

Manuel Villar, por su parte, en su primera aventura por Marruecos descubre en la plaza de Xemal-el-Fna, de Marrakech, el relato de los moriscos españoles expulsados que a fines del siglo XVI conquistaron un país al sur del Sahara; y a partir de esa aventura literaria de recuperación histórica empieza su pasión ininterrumpida por el África real y contemporánea, a la que ha dedicado todo su poder de asombro y toda la fuerza de su sensibilidad de artista, que con los cinco sentidos absolutamente abiertos ha sabido

encontrar, y ganar para la literatura, en los lugares más profundos de ese continente, sus tremendos contrastes, los infinitos matices de sus colores diurnos y nocturnos, los ritmos de su naturaleza dura y agreste, sus olores penetrantes e insólitos, sus sabores difíciles y sorprendentes, sus sensaciones corporales suaves y ásperas, sus inspiradas culturas, sus religiones liberadoras o esclavizantes y el terrible problema humano, la tragedia de la persistente hambruna que asola sus poblaciones y el drama de la mujer irremediamente sojuzgada por una violencia cotidiana, ritual y aceptada.

En este sentido, hasta ahora la aventura personal y literaria de Manuel Villar ha tenido mucho de descenso a los infiernos, pero el conocimiento que surge de esa experiencia está sabiendo proyectarlo a un sinnúmero de lectores, que, gracias a él, crecemos significativamente en conciencia responsable sobre el mundo que nos rodea. Bienvenido a la Academia de Buenas Letras de Granada, Manuel Villar Raso. Y larga vida a la Academia.

Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada,  
el 25 de noviembre del año 2003,  
CDXLI aniversario del nacimiento  
de Félix Lope de Vega y Carpio,  
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,  
estando al cuidado de la edición  
la Ilma. Sra. Doña Amelina Correa Ramón,  
Bibliotecaria de la Academia.

Granada,  
MMIII





